

## Colombia, el enigma irresuelto de Nuestra América

Por Néstor Kohan

Colombia ha sido durante décadas un agujero oscuro y negro -de esos que nos hablaba la serie televisiva COSMOS del astrónomo Carl Sagan y sus seguidores de la NASA- en las ciencias sociales latinoamericanas. Ríos de bibliografía, bosques de papel y mares de tinta han sido dedicados a estudiar los procesos de Venezuela y el bolivarianismo de Hugo Chávez, el Ecuador de Correa o la Bolivia de Evo y el movimiento indígena, como décadas atrás había sucedido con la Cuba de Fidel y el Che, el Chile de Salvador Allende, la Nicaragua del sandinismo o el México de los zapatistas. Pero de Colombia... nada.

No estamos pensando en el vilipendiado y despreciado sentido común popular sino incluso en el ámbito de los supuestos “especialistas”. El desconocimiento de la historia y la realidad colombiana es inaudito y por momentos escandaloso. Dicho vacío ha sido rellenado, de la peor manera, por el relato unilateral, manipulador y malintencionado de los monopolios de la (in)comunicación. Colombia es sinónimo, hasta el día de hoy, de “violencia” (así, en abstracto, sin nombres ni apellidos, con excepción de algún capo narco convertido a posteriori en objeto de culto televisivo), drogas, playas y “narcoterrorismo”.

El desconocimiento y la ignorancia dejan un campo vacío. Y como en las representaciones ideológicas existe, como en la naturaleza de Aristóteles, horror al vacío, la ignorancia da pie a la construcción del “exotismo”. En el mejor de los casos, conocemos algo, muy poco, de aquel país, gracias a la literatura del realismo mágico de García Márquez, continuador o prolongador a su modo de lo real maravilloso de Alejo Carpentier.

La apelación, justamente a García Márquez, con fines escasamente loables, no se me quita de la memoria cuando pienso en el conflicto social colombiano. Recuerdo que hace unos años, diversas





organizaciones sociales del movimiento popular argentino organizaron en Buenos Aires una movilización a contramano de la marcha mundial impulsada por el gobierno de aquel país contra la insurgencia colombiana. Fue una marcha muy nutrida y bullanguera. La consigna central convocante era “contra el militarismo y el terrorismo de estado en Colombia”. Los organizadores y protagonistas eran principalmente gente humilde de los barrios periféricos y trabajadores desocupados/as. Nuestra cátedra fue invitada y asistimos. Pasamos por el Obelisco y tras recorrer varias cuadras de la avenida 9 de julio llegamos a la embajada de dicho país. Allí la dirigencia piquetera invitó a nuestra cátedra al diálogo con el embajador de aquel entonces y todos juntos subimos a hablar con el máximo funcionario, un joven de apariencia informal que al recibirnos, confundimos con un empleado que nos traería café. Luego nos enteramos que dicho joven embajador se transformaría en el asesor de imagen del ex presidente Uribe. Era precisamente un especialista en imagen, clave hoy en día para ganar las guerras y las disputas sociales. El embajador, intentando halagarnos a los argentinos, comenzó a hablarnos de los vínculos culturales entre ambos países y... de la obra de García Márquez... Era inesperado y hasta desopilante. Un dirigente lo interrumpió y con todo respeto le dijo: “nosotros hemos sufrido el terrorismo de estado, lo conocemos bien. Venimos a entregar una carta denunciando al estado colombiano por las miles de personas desaparecidas”. El embajador con aspecto de joven gerente informal y descontracturado no abandonó su sonrisa cínica de relaciones públicas y terminó la reunión indicando que entregaría la carta a la cancillería. Todos fuimos escoltados, al ingresar y al salir, por comisarios (que nos llamaban con ironía “muchachos” aunque muchos de estos dirigentes sociales, entre los que se destacaba Roberto, el líder del Movimiento Teresa Rodríguez, organización ya desintegrada, quien había hablado en representación de la mayoría, era un señor ya canoso). Por la noche enorme sorpresa tuve cuando en un programa central de la TV argentina dicho embajador declaró, ya sin portar la sonrisa de su oficio “Estoy asombrado. Argentina es el único país del mundo que organiza una movilización, y muy numerosa, a favor de las FARC, mientras en todo el mundo se rechaza al narcoterrorismo”. Obviamente tergiversó el sentido de la movilización popular y la denuncia que todos esos movimientos sociales de nuestro país, acompañados por cátedras universitarias, habíamos hecho centrándonos en las enormes fosas comunes y los miles de desaparecidos/as que regaban trágicamente el territorio colombiano, como en la Argentina de 1976.

Años después Noelia y Andrés, estudiantes de nuestra cátedra, fueron a hacer posgrados a la UNAM de México. Por estos estudiantes tomamos noticia de un profesor que había sido secuestrado en la UNAM y extraditado a Colombia acusado falsamente de ser un “terrorista”. Le preguntamos a estos estudiantes cómo era el profesor. Con total naturalidad nos respondieron: “como vos. Simplemente nos enseñaba el pensamiento de José Martí y de Simón Bolívar”. Escribanlo y lo publicamos, les

contesté. Así lo hicimos. Se trataba de Miguel Ángel Beltrán, profundo, serio, riguroso, cálido y sobre todo tremendamente estudioso, quien hoy nos honra con pertenecer, a la distancia, a nuestro grupo de trabajo e investigación en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Miguel Ángel se hizo querer por toda la comunidad académica de Argentina cuando visitó nuestro país y luego cuando estuvo dos veces encarcelado por el “terrible” delito de tener ideas propias... y escribirlas.

También pudimos conocer en Buenos Aires al profesor colombiano Renán Vega Cantor, muy erudito y apasionado por las ciencias sociales. Estaba interesado en publicar **Marx en su (Tercer) Mundo**, en su sello editorial Pensamiento Crítico. Así lo hizo. A ambos nos vinculó, si no recuerdo mal Michael Löwy. Años después Renán Vega recibió amenazas de muerte y volvió a la Argentina.

Posterior a aquel libro sobre Marx, **El Capital** y la periferia del sistema capitalista mundial, surgió otro sobre Simón Bolívar y nuestra independencia, en el cual trazamos el paralelo del libertador Simón Bolívar con San Martín, Mariano Moreno, Juana Azurduy, entre otros y otras, tratando de intervenir en el debate sobre el Bicentenario.

De modo que sin quererlo y como de casualidad nuestra cátedra y nuestros grupos de estudio e investigación se fueron “chocando” con la realidad de la tragedia colombiana, con su historia “larga”, pero al mismo tiempo con la herida abierta más cercana de sus desaparecidos/as..., sus intelectuales perseguidos..., sus movimientos sociales ilegalizados y aplastados..., con el bochorno inaceptable de las bases militares estadounidenses que pretenden re actualizar la vetusta, prepotente y apolillada “doctrina” Monroe.

En nuestro medio había que esforzarse mucho, demasiado, para seguir haciéndose el ciego, el distraído o mirar para el costado, manteniendo la dolorosa realidad de aquel país, tanto histórica como presente, en un cono sospechoso e inhumano de sombra y de silencio.

Por eso, cuando con el doctor Atilio Borón y otros amigos investigadores/as menos conocidos conformamos en el CONICET un grupo de investigación para estudiar los avatares históricos del marxismo latinoamericano a escala continental, casi naturalmente surgió la iniciativa de formar otro grupo de trabajo e investigación, recortando el objeto de estudio ya no al conjunto de Nuestra América, sino particularmente abocado al estudio social de la realidad colombiana. La directora del IEALC Mabel Thwaites Rey no sólo apoyó la formación de este colectivo de investigación sino que incluso se entusiasmó con la perspectiva de incluir a Colombia, país tan castigado, entre los nuevos objetos de estudio, hasta hoy invisibilizado, al igual que Paraguay o Haití.



En la conformación de dicho equipo de trabajo del IEALC se han destacado desde el inicio -como también ha sucedido en la organización y compilación de este riquísimo, polifacético y riguroso dossier- los colegas Javier Calderón y Diana López, entre otros/as investigadores/as de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

El dossier es amplísimo y omniabarcador. Difícil resumirlo en dos páginas. Pero, más allá de los numerosos trabajos aquí reunidos, que incluyen desde firmas de relieve y prestigio internacional, hasta el esforzado trabajo de hormiga de investigadores en formación, pasando por documentos de primera mano de difícil acceso para la comunidad académica local, un eje estructural articula el conjunto: el conflicto social colombiano. ¡Excelente decisión! Basta ya de presuponer una supuesta e inexistente “paz perpetua”, interrumpida por “unos forajidos, de ideologías foráneas, solventados con la droga, financiamiento que ha venido a reemplazar el oro de Moscú”. Dejemos esos relatos barrocos, delirantes y macartistas en el triste baúl de los recuerdos de la guerra fría y las doctrinas norteamericanas de la contra insurgencia.

Con todos sus matices, aristas, sutilezas y la enorme masa de información que este dossier reúne, hay una conclusión demoledora que se impone. El conflicto social colombiano (si se quiere, su guerra civil y militar) tiene raíces internas de larga data y responsables muy precisos. Aquí no hay “dos demonios” si se me permite utilizar una bizarra expresión argentina. Fueron y son las clases dominantes de aquel país y sus amos del norte los principales responsables de tanta tragedia y sangre derramada.

Superar dicha tragedia y alcanzar normas mínimas y elementales de convivencia nacional -incluso dentro del capitalismo- no será nada fácil porque esos sectores sociales siguen siendo dueños de todo, de las riquezas, de los grandes monopolios de (in)comunicación, del estado y de sus sobredimensionados aparatos de represión y exterminio (unos de los más gigantes del continente, en permanente amenaza no sólo contra su propio pueblo sino también contra Venezuela, Ecuador y Brasil). Y la historia demuestra, como declaró el jefe de la CIA en Chile en un film documental de Patricio Guzmán dedicado a Salvador Allende, que “ninguna clase social se suicida”.

Ojalá este dossier, repleto de datos e información empírica, de análisis sociohistóricos y culturales y de bosquejos de posibles escenarios políticos alternativos a futuro, sirva al menos para invitar a nuevas investigaciones para que la comunidad académica de nuestro país y la de otros vecinos se anime a abordar de una vez los “temas prohibidos” y a ampliar la rigidez de una agenda de investigación demasiado limitada y estrecha que ya no responde a los desafíos de nuestro tiempo.

*Buenos Aires, septiembre de 2016*